

lo demás, el PRI que conocemos es, en todo lo referente a su continuidad, un cadáver.

La campaña de Cuauhtémoc Cárdenas dista de poseer el brillo y la emotividad de la del 88. Pero es más sólida en cuanto a la convicción del voto, lo que según creo se debe sobre todo a la experiencia colectiva del salinismo. Por lo que se ha visto, el gobierno de Salinas es el más ruinoso entre los que registra la memoria histórica de esta generación, con todo y su carga de "misterios" (el caso Colosio, el caso Ruiz Massieu, el caso Conasupo, etcétera), y hay en sectores amplísimos, del popular al empresarial, la decisión de evitar una desmesura semejante. De acuerdo a una opinión muy numerosa, votar por la oposición es crear diques y límites legales a la impunidad y es apoyar a quienes han resistido la avalancha de calumnias, asesinatos y envíos corruptores. Los méritos y las deficiencias de Cárdenas están a la vista, y el voto a su favor ya no será el voto ilusionado y romántico de 1988, sino uno donde se equilibren la indignación justa y el proyecto de una modernidad distinta.

Hoy, lo más significativo en la vida política de México es la transformación de las mentalidades. No hablo de un proceso homogéneo, ni de milagros, ni de resultados ya extraordinarios, sino del enfrentamiento al determinismo ¿cómo informarse debidamente en las condiciones de pobreza?, y del abandono masivo de características que parecían fatales: inercia, resignación, miedo, canje del voto por unos cuantos servicios y un puñado de regalitos. De manera todavía irregular la opinión pública o la sociedad civil o la sociedad (como quiera llamársele) manifiesta su interés: participar de alguna manera en la conducción de su destino.

A lo largo del siglo una "garantía de gobernabili-

dad" ha sido el papel pasivo de la ciudadanía, distribuido en indiferencia, apoyo ocasional a los Presidentes de la República y murmuraciones. Y a esto se le llamaba "paz social", porque de cualquier manera existía la movilidad, algunos hijos de campesinos y obreros estudiaban en las universidades, la ilusión de ascenso se repartía equitativamente (el ascenso no, desde luego), y las protestas contra la corrupción, uno de los hechos más oprobiosos, se diluían por el efecto del cinismo, ese lenguaje social impuesto por la concentración del poder político y económico en unas cuantas manos. Pero en los años recientes el deseo de vida cívica ha destruido esquemas y actitudes fatalistas. No en balde la izquierda y la derecha usan con frecuencia el mismo lema: "¡Sí se puede!" Y esto explica un fenómeno amplio y visible, la llamada "democratización desde abajo" que se traduce en relaciones psicológicas distintas con la autoridad, disminución del peso de las estructuras jerárquicas, técnicas teatrales de movilización, aparición de nuevas fuerzas (entre ellas las minorías étnicas, culturales, sexuales), vuelcos en la moral social.

Si se confirman las tendencias de voto y gana Cárdenas, los problemas se intensificarán pero disminuirá un gran obstáculo: el anquilamiento histórico de la voluntad cívica. Sí, el programa económico del PRD dista de ser convincente (tampoco persuaden los del PRI y el PAN), los residuos dogmáticos dificultan con severidad la fluidez de una izquierda moderna, se carece de tradiciones en qué fundar la modernidad crítica y autocrítica, pero el deterioro del PRI es inocultable e irreversible, y al escribir esto no me considero profeta sino cronista. Pese a las consecuencias que se avizoran, el triunfo de la oposición en la ciudad de México y el fin de la mayoría absoluta en el Congreso serían, según me parece, señales no menospreciables del tránsito a la democracia.

LA ERA DE LOS LÍMITES

FEDERICO REYES HEROLES

El poder nunca es estable cuando es ilimitado.

Tácito

EL SÍNDROME DE LA SORPRESA

Escribo estas líneas tres semanas antes de las elecciones federales de 1997. Me fue solicitado ese

siempre riesgoso ejercicio de otear en el futuro, necesaria irresponsabilidad de la que no podemos escapar. En 1988 la miopía oficial, la abrupta ruptura o desgajamiento del PRI, la ausencia casi total de encuestas y estudios de opinión, la súbita organización opositora y la comodidad mental provocaron una sorpresa. Desde entonces el mercado de las expectativas polí-

ticas no encuentra su punto de equilibrio. La explicable sorpresa de entonces nos dejó el síndrome de creer que la política es de sorpresas. Pero no es necesariamente así. Existen patrones de comportamiento, huellas que nos permiten rastrear el rumbo que lleva la presa. México no es una excepción. Parte de la modernización política del país exige centrar las expectativas, introducir los elementos de racionalidad que nos brinden cierta tranquilidad y certeza sobre lo que puede y no puede ocurrir. Sólo en los circos se vive de generar emociones fuertes sin mayor sentido. El sensacionalismo vende bien pero daña al país.

Los últimos seis años nos muestran un rumbo. En el 91 se predijo que el partido en el gobierno ganaría recuperando su posición y así fue. En el 94, mientras se hablaba del choque de trenes, se ratificó en los hechos lo que las cifras, lo que las tendencias de largo plazo, nos venían anunciando desde hacía tiempo: el PRI pierde fuerza en las zonas urbanas, entre las crecientes clases medias y la oposición avanza, sobre todo el PAN, entre esas mismas clases medias. El voto corporativo ha dejado de ser determinante. Estamos frente a un nuevo votante. El único brinco entonces en las tendencias electorales nacionales ha sido el del 88 en favor del cardenismo. Cabría sin embargo la pregunta de si ese voto no fue la excepción a la regla o las reglas, de lo evidente que el síndrome de la sorpresa no nos deja leer con claridad.

¿Cuáles son esos patrones de comportamiento? Primero, los extremos, derecha e izquierda radicales, siendo el PDM y el PPS sus más notorios representantes, son fuerzas numéricamente marginales. Segundo, la creciente corriente de centro o el *mainstream* mexicano está obligando a los partidos nacionales, sólo tres, a correrse precisamente hacia el centro. Eso explica por qué el PRD habla de libre mercado, de los beneficios de la empresa e incluso de la necesidad de inversión externa, demonios para la izquierda de hace apenas unos años. El PRI por su lado deja atrás el discurso de clase, necesariamente de confrontación, y sus tradicionales lances justicieros. El PAN se aleja, tanto como puede, de la identificación de un partido moralista, religioso, católico y francamente reaccionario. El llamado voto duro o voto ideológico tiende a reducirse rápidamente (18% muy a favor del PRI; 9% muy a favor del PAN y alrededor del 5% muy a favor del PRD). Alrededor del 70% del electorado lo constituye un potencial voto muy volátil que, tranquilamente, espera a los candidatos y sus campañas y después decide. Para muestra están las campañas del 97; Nuevo León, Campeche, San Luis Potosí o el propio Distrito Federal son ejemplos de lo evidente: a buenos candidatos y buenas campañas corresponde una victoria. Léase también a la inversa: las derrotas tienen explicaciones. El electorado parece bastante

sensato. La volatilidad es mala noticia para las dirigencias de partidos que siguen buscando conquistar en definitiva territorios de votantes siempre leales. La volatilidad los hace trabajar. Viven todavía en la inopia. Se pelean con la realidad. Tendrán que modernizarse. Pero la volatilidad es una buena noticia para el país, pues obliga a los partidos a ser menos dogmáticos, a estar más atentos del elector. De eso se trata en la democracia.

NI EDÉN, NI CAOS

La sorpresa del 88 y una perversa oferta de expectativas contrarias y exageradas confunden la escena política. La oposición vende la idea de que de la noche a la mañana todo será diferente, el edén a la vuelta de la esquina cuando no ha habido cambios dramáticos en las zonas que gobiernan. Además, el engaño consiste en hacer creer en ese vuelco democrático sin sustento, pues su crecimiento ha sido estable, es cierto, pero sin grandes saltos. No quieren admitir que todo indica que hay PRI para rato y que la democratización tiene que incluirlo. La exclusión autoritaria ha aparecido como tentación en varias ocasiones: recuérdese la llamada "Alianza por la República". Por suerte, no ha fructificado. El partido en el gobierno, por su lado, vende la idea del caos hermanado a su derrota, lo cual no se sustenta en los hechos. Cuatro gubernaturas, varias capitales, decenas de municipios y más del 40% de la población bajo un régimen opositor lo demuestran. Además, el priísmo reduce sistemáticamente su poderío pero, salvo en el 88, repito, no ha habido mayores sorpresas. Hay reducción, pero no caída repentina. Unos y otros alimentan expectativas que confunden y dañan al país en tanto que generan rumores, temores y ansiedades que retráen inversiones y espantan. Ni caos, ni edén. Evolución, no revolución.

EL IMPOPULAR ANTICLÍMAX

Intentemos una versión anticlimática, que quizá sea menos espectacular pero más realista. El PRI obtuvo poco más del 50% del total de los votos legislativos en 94 y conservó la mayoría sin problema. Después estuvo el PAN, en un piso cercano al 26%. El PRD alcanzó poco menos del 20; el 16.6%, para ser exactos. Para 1997 el escenario es similar. Probablemente la oposición vuelva a subir un poco y el PRI a bajar, pero ningún estudio previo muestra una sacudida. Un PRI por abajo del 50% pero por arriba del 40 (ningún sondeo lo ha puesto con menos), un PAN entre el 25 y el 30% y un PRD en alrededor del 20% o 25% es lo probable, que seguramente no satisface las inútiles ilusiones de unos y otros. Pero las cifras son las cifras. Aún suponiendo que el PRI quedara en el límite in-

ferior, es decir 40%, sigue siendo a nivel internacional una gran fuerza electoral. Qué dieran muchos partidos en Europa por gobernar así. Si el costo de la brutal corrupción, del cinismo y de la crisis del 94 es perder 10 puntos, es barato. La oposición gobierna a poco más del 43% de la población, lo cual quiere decir que sigue presente cierta sobrerrepresentación legislativa del PRI o subrepresentación de puestos de mando en manos opositoras, pero en todo caso estamos moviéndonos en márgenes de un cinco o siete por ciento. Conclusión anticlimática: las tres fuerzas políticas nacionales, o mejor dicho sus tendencias, tienden a estabilizarse, asunto que no agrada en nada a tirtos y troyanos. Al PRI porque se alejó de la mayoría absoluta; a la oposición porque no le alcanza para lograrla, porque la lotería electoral, con su premio mayor de acabar en definitiva con el PRI, no tiene sustento, es fantasía pura.

Para el ciudadano hay más buenas noticias de nuevo. Pareciera que estamos dejando atrás una etapa de la vida política nacional en la cual la discusión se centró en el sistema electoral y no en las propuestas políticas. El sistema autoritario mexicano que impedía por todos los medios el avance opositor parece haber cedido poco a poco. De la agenda opositora del 94 (independencia del órgano electoral, tribunal electoral independiente, distracción, padrón confiable, encuestas previas y de salida, observadores nacionales e internacionales, financiamiento transparente y equidad en los medios de comunicación) sólo dos temas han resurgido: observadores y medios, sobre todo la actuación de estos últimos en el interior de la república. El avance es notable. La percepción de fraude se redujo en más de 25 puntos. Poco a poco esa calamidad nacional empieza a ser arrinconada. De 29 elecciones habidas durante la actual administración sólo en tres casos, Tabasco, Yucatán y el municipio de Huejotzingo, han devenido en conflictos. Esa etapa de estéril confrontación ha ido cediendo a la credibilidad en la verdad oficial. Por fin. Nuevos retos y tensiones están en el horizonte pero ya no surgen de la administración ineficiente de los procesos electorales, sino de la necesaria adaptación del andamiaje constitucional a la realidad pluripartidista, tripartidista. El aparato fotográfico para saber quién es quién, o mejor dicho la báscula para conocer cuánto pesa cada uno está funcionando. Hay ajustes pendientes, pero transitamos. Ahora pasamos a un momento diferente en el cual el asunto central es hacerlos convivir en relativa armonía.

LA TENSION DEMOCRÁTICA

La democracia supone pesos y contrapesos, que sólo aparecen en los países donde hay pluralidad. Con la

industrialización y la urbanización, con el incremento de los niveles educativos y de información de los mexicanos, México, en lo general, se ha pluralizado. El voto ideológico, en bloque, propio de una sociedad cerrada, sigue existiendo, pero sólo en las zonas muy marginadas y curiosamente en las indígenas. Allí pareciera que la pluralidad no tiene permiso, está lejos de echar raíces. En esas zonas campea el autoritarismo, como resultado de la anormal uniformidad. Pero, proporcionalmente hablando, cada vez son menos; se trata de islas. Con la pluralidad entramos en la etapa de los conflictos electorales provocados por un aparato que sólo entendía de grandes mayorías. Duró más de dos décadas. El final de siglo se mira sin embargo diferente: la pluralidad crece, la oposición es real a nivel nacional. Hace apenas doce años sólo había oposición real, es decir con posibilidad de llegar al poder, en menos del 15% de los distritos. En 97 está en más del 70%.

Es esa oposición real la que está activando los mecanismos republicanos que han estado allí, en nuestras constituciones, adormecidos, entumecidos por falta de uso. Por fin aparece la necesaria tensión democrática, la confrontación, que debería de invadir todos los niveles. Atrás quedan los partidos fantasmas, los membretes como máscaras, los acuerdos palaciegos que todo lo deformaban. Las divergencias son verdaderas. Es momento de definiciones, de confrontación de las diferencias que abre a la necesaria tolerancia. El PAN y el PRD van por el poder y el PRI lucha con todo por no perderlo. Atrás queda la política-ficción, la mascarada. PAN y PRD son diferentes uno de otro y, a pesar de lo muy apetitoso de una alianza entre ellos, ésta no se ha logrado. Las diferencias son el motor de la democracia. En México el problema era el manto omnicompreensivo de los intereses del SEÑOR PRESIDENTE y de su partido. Nada podía escapar a él. Hablaban por la Patria, en singular y mayúsculas. Tenían el monopolio. Las diferencias hoy se multiplican. La Suprema Corte de Justicia de la Nación, por primera vez en la historia reciente del país, ha hecho pronunciamientos diferenciados del titular del Ejecutivo. Viva la diferencia y la posibilidad de que las divergencias floren.

En los últimos nueve años han surgido, contra la voluntad oficial, diferencias serias entre el Ejecutivo Federal y el Legislativo, no sólo en las fracciones opositoras sino también entre los propios militantes del partido en el poder. Lo normal, que no ocurría antes. El silencio autoritario, la inhibidora unidad todo lo aplastaba. Las políticas del Ejecutivo Federal en el reordenamiento financiero del estado han sido correctas, pero impopulares, y el PRI ha tenido que pagar los platos rotos. Si se quieren ganar elecciones no se puede ser aliado de causas impopulares, ese es el drama de

la democracia. Por eso una misión institucional es la de ganar votos y otra la de gobernar y pensar con seriedad el futuro. El PRI y los gobernantes que de él emerjan tendrán que llegar a un nuevo acuerdo. Poco a poco, las necesarias tensiones democráticas empiezan a aparecer. Las que están en el horizonte son varias, novedosas para los mexicanos, imprescindibles en cualquier democracia. Perder la mayoría absoluta en la Cámara Baja puede ocurrir en 97 o un poco más adelante. Hay que adaptar la Constitución para un aterrizaje suave en el pluripartidismo. La ingeniería constitucional es el nuevo reto.

En primer lugar estará la relación entre el Ejecutivo y el Legislativo. Allí aparecen varios asuntos delicados. Por ejemplo el presupuesto. Ley de Ingresos y Presupuesto de Egresos se daban por un hecho a partir de una amplia mayoría. Se tendrá que legislar al respecto para garantizarle al Ejecutivo, pero sobre todo al país, que la parálisis no se presentará. Fórmulas hay varias. Tienen que sentarse y arrastrar el lápiz. En los seis estados donde hay gobiernos divididos, es decir que el Legislativo no se encuentra en manos del mismo partido del Ejecutivo, las negociaciones camerales, los acuerdos, han funcionado. Pero ello equivale a navegar sin bote salvavidas. En el caso de Chihuahua sí se legisló al respecto. En la agenda nacional deberá estar el veto, que aunque sí está plasmado en nuestra Constitución, resulta que sólo es viable para resoluciones de Congreso y no de facultades exclusivas de las Cámaras. Absurdo, pero así es. Presupuesto y veto son garantías mínimas para el buen funcionamiento del Ejecutivo. Sería increíble que ahora nos pasáramos a un ejecutivo débil.

Pero hay otros casos, por ejemplo la suplencia, por ausencia absoluta del Ejecutivo Federal, que en la actual Constitución está prevista con un mecanismo barroco e irresponsable. ¿Se imagina el lector la locura de negociar algo así entre tres partidos? Otra cuestión que tendrá que debatirse es la necesidad de una segunda vuelta, pues podría presentarse ya en el año dos mil un presidente con 40% de la votación o sea con 60% del electorado en contra. La base de aceptación o de legitimidad necesita ampliarse. Por la conformación misma de una división entre tres partidos nacionales no pareciera haber muchas otras opciones. Si se quiere profesionalizar el Legislativo tendrá que aceptarse la reelección en ese cuerpo, asunto negado no sólo por el partido en el poder, sino también por algunos opositores. La carrera legislativa local y federal es imprescindible si se desea de verdad mayor rango de independencia. También habrá que revisar todo el mecanismo para la aprobación legislativa, pues en el ir y venir de los proyectos de una Cámara a otra, la revisora, la llamada *navette*, se abren múltiples posibilidades de bloqueo, dependiendo de la

conformación cameral. No está exento el Ejecutivo de quedar atrapado sin posibilidad de impulsar proyectos legislativos, lo cual sería muy grave. Decía el clásico que todo en exceso es malo, incluso la virtud, pues en el caso mexicano podríamos pasarnos de un país que modificaba su Constitución cada seis años a uno atrapado por la rigidez normativa.

Hay otros asuntos menos urgentes pero muy importantes: el control de la Contaduría Mayor y la posibilidad de establecer responsabilidades; la facultad para determinar la procedencia de juicios penales contra servidores públicos, el juicio político o la facultad para citar a Secretarios de estado y jefes de Departamento al Pleno de la Cámara Baja, con las implicaciones políticas que ello suponen. La lista es amplia. De alguna forma viviremos el despertar del mundo constitucional, bellísimo por cierto.

La elección en el Distrito Federal implica traspasar el umbral hacia la llamada convivencia de poderes, que no cohabitación. La delimitación precisa de ámbitos de responsabilidad sería el primer paso. El control sobre la policía local se antoja como una primera discusión. También su contraparte, la responsabilidad sobre la criminalidad en la capital. Las tensiones democráticas allí surgirán entre el Ejecutivo Federal y todas sus ramas y el local; entre el Ejecutivo local y el Legislativo, en particular Cámara Baja; entre el Legislativo Federal y el local y, por último, entre el jefe de gobierno y la Asamblea. Ojalá y la idea de gobierno dividido también cale en la capital.

NEGOCIAR Y NEGOCIAR Y VOLVER A NEGOCIAR

Con las tensiones democráticas aparece la negociación: los acuerdos entre los partidos y entre las fracciones y grupos dentro de los partidos; entre el Ejecutivo y los diferentes partidos; entre las Cámaras, e incluso entre la Suprema Corte y el Ejecutivo. Es un territorio inédito para los mexicanos, no porque en nuestro país no hubiera negociaciones, sino porque las disfrazaba el manto de la unidad. La negociación era vista públicamente como una afrenta al poder omnímodo del SEÑOR PRESIDENTE y su partido. Ese México de absurdos símbolos tendrá que ser enterrado. Carlos Salinas de Gortari tuvo que negociar para introducir las reformas estructurales que el país necesitaba y el Presidente Zedillo lo hizo en el caso de la reforma política y los fondos para el retiro. Por lo pronto las negociaciones todavía son vistas con cierto recelo pero, poco a poco, sentarán sus reales en la cultura política del país.

Hace apenas unos años, cuando se lanzaban amenazas diciendo que si el partido en el gobierno perdía la capacidad de modificar sin alianzas la Constitución México se convertiría en un país ingobernable,

nadie pensaba siquiera en la posibilidad de gobiernos divididos. Hoy alrededor del 45% de la población está a favor de entregar el mando Ejecutivo a un partido y a otro el Legislativo. De tal suerte que más vale que nos vayamos haciendo a la idea de que las negociaciones se van a extender y multiplicar. ¿Qué nos perfila en el horizonte esa disposición ciudadana a dividir el poder? Por fortuna algo muy prometedor, la idea de balancear, de introducir pesos y contrapesos, de dividir lo divisible, no entregar todo a una misma camarilla o grupo. La democracia no es un enfrentamiento entre santos y demonios, sino la sistemática exhibición pública de las debilidades del contrario.

En la democracia no se apuesta a los hombres; por el contrario, se desconfía de ellos.

Dividir es establecer límites: a los partidos, a los medios, al Legislativo y el Ejecutivo o los ejecutivos, a los jueces, a todos. Atrás queda la visión mágica y bárbara de un país sólo gobernable por caudillos imprescindibles, con poderes ilimitados y que debían situarse por arriba de las leyes; que sólo se justificaban frente a la historia, jamás frente a su pueblo que no hubiera entendido las razones profundas de la Revolución o del estado mexicano. Entramos en la era de los límites, que es la terrenalización de la política. Bienvenidos.

RELACIÓN ENTRE PODERES DESPUÉS DE LA ELECCIÓN

LUIS RUBIO

Los comicios de 1997 previsiblemente van a redefinir la naturaleza de la política mexicana. Un triunfo del PRD en el Distrito Federal y el que el PRI no logre una mayoría absoluta en la Cámara de Diputados, constituirían cambios formidables en nuestra historia política. En el fondo, lo que está de por medio en estas elecciones no es la política económica que tantas controversias ha generado, sino la institucionalización de la política mexicana. La presencia de partidos distintos al PRI en posiciones políticas de tanta visibilidad, como lo es el gobierno del Distrito Federal, revolucionaría la política mexicana, lo que podría llevar a que las disputas que antes tenían lugar en el seno del PRI y lejos de la luz pública, ahora se presenten a plena luz del día. Este fenómeno se vería magnificado de perder el PRI la mayoría del Congreso. El proceso de sucesión presidencial para la nominación del candidato del PRI para el año 2000 se ventilaría en público y con una reducida influencia del presidente.

En este contexto, la política mexicana probablemente entraría en un proceso de redefiniciones muy complejas. De ganar el PRI una mayoría absoluta en la Cámara de Diputados, las relaciones entre los poderes públicos no cambiarían significativamente. La política se expresaría fundamentalmente a través de los medios de comunicación y de los foros partidistas. De perder el PRI la mayoría absoluta, el Congreso se convertiría en el principal espacio de negociación política. Si uno se va hasta el extremo, la relación entre el poder ejecutivo y el poder legislativo se vería alterada, toda vez que el PRI no tendría capacidad de aprobar cualquier legislación por el mero hecho de originarse en la presidencia. En lugar de imponer, el

poder ejecutivo tendría que negociar. De haber controversias y diferencias serias, el poder judicial se convertiría en el punto focal de resolución de controversias entre los otros dos poderes.

Sin embargo, en el momento actual lo más probable es que comencemos a avanzar en la dirección propuesta en el párrafo anterior, el de una mayor negociación entre los dos poderes, pero no mucho más. Aun perdiendo la mayoría absoluta, el PRI seguiría siendo el mayor partido en la Cámara, frente a dos o tres partidos distantes entre sí. Con relativamente pocos votos adicionales, el PRI en el Congreso podría seguir ejerciendo sus funciones tradicionales en el Congreso. Por supuesto que habría más efervescencia y la política sería más pública, pero no mucho más.

A final de cuentas, la elección de 1997 tiene mucho más que ver con la conformación de las fuerzas políticas para la contienda presidencial del año 2000 que con cambios dramáticos en el corto plazo. La realineación de fuerzas es lo que va a ser crucial en 1997. Poco de eso va a notarse en la estructura formal del poder.

RELACIONES ENTRE EL GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL Y EL GOBIERNO FEDERAL

El cambio más profundo que previsiblemente sufrirá la política mexicana vendrá sin duda del Distrito Federal. Un triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas en la ciudad de México cambiaría la política mexicana para siempre, toda vez que obligaría a definir, para comenzar, qué corresponde a la ciudad y qué al gobierno federal, lo que alteraría la naturaleza política del Distrito Federal para el futuro. Estas definiciones van